

MARIO FERRERO

SINOPSIS DE LA LITERATURA CHILENA DE 1966

LA PRODUCCION literaria del año recién pasado fue pródiga en balances comparativos, análisis parciales y críticas de conjunto. Sin embargo, ninguno de estos estudios alcanzó a reflejar, a nuestro juicio, un panorama realista y más o menos completo de la vastísima labor editorial que caracterizó a 1966. Dos factores operaron en contra de una adecuada crítica analítica: la tiranía del espacio disponible en diarios y revistas, y el hecho muy especial de que la mayoría de las obras esenciales apareciera en el mes de diciembre y sólo comenzara a ser distribuida en el curso del presente año.

En cualquier caso, las estadísticas de publicación obtenidas en la Biblioteca Nacional, levemente retocadas por nuestra propia investigación, arrojan alguna luz sobre el panorama editorial del período que nos interesa analizar. Según estas estadísticas, se publicaron durante el curso del año, 218 obras, distribuidas en los siguientes géneros literarios: 62 novelas, 20 volúmenes de cuentos, 72 ensayos, 56 selecciones de poesía y 8 obras de teatro, sin considerar 13 antologías y 9 libros de memorias, que están incluidos en los respectivos géneros de su especialidad. Las cifras expuestas delatan, a primera vista, dos hechos importantes: el paulatino descenso en la publicación de obras poéticas y el extraordinario auge del ensayo, el que además de su aumento cuantitativo, aparece ramificado en múltiples especialidades de rica jerarquía. De allí que en nuestra sinopsis, los hayamos clasificado por materias: ensayos propiamente literarios, científicos, sociológicos, humanísticos, históricos, políticos, económicos, biográficos, de artes plásticas y varios.

El fenómeno es curioso y estaría determinando un cambio de preferencias en la necesidad intelectual de los lectores, los que se interesan

cada vez menos por la literatura de ficción para orientar sus gustos por las obras didácticas o de cultura general, que contribuyan a su formación humanística y los mantengan informados de las múltiples materias que conforman la cultura contemporánea. La otra explicación, un tanto arriesgada, sería la persistente campaña de cierto sector de la crítica, que se ha venido empeñando en desacreditar la narrativa chilena actual, juzgándola en parangón con obras cumbres de la joven novelística hispanoamericana. Tal actitud contiene un error de enfoque que nos parece negativo y peligroso, y que en nada contribuye a valorizar, en su justa medida, ciertas obras esenciales de la novelística nacional de estos últimos años.

PREMIOS Y CONCURSOS

Nos parece útil destacar, en estricto orden jerárquico, a los autores galardonados durante el año, a la vez que trazar una breve perspectiva de los nuevos concursos literarios.

El Premio Nacional de Literatura fue otorgado por unanimidad al poeta Juvencio Valle, nacido en Villa Almagro, en la provincia de Cautín, el 6 de noviembre de 1900. Autor de *La flauta del Hombre Pan* (1929), *Tratado del bosque* (1932), *El libro primero de Margarita* (1937), *Nimbo de piedra* (1941), *El hijo del guardabosque* (1951), *Del monte en la ladera* (1960) y *La tierra se mueve* (1960), Juvencio Valle, cuyo nombre civil es Gilberto Concha Riffo, se caracteriza por una poesía de tono bucólico, pastoril, saturada de un lirismo fresco de fuerte raíz hispánica, un lirismo purificador alimentado directamente por la savia vital de la selva sureña, de los bosques umbríos y enmarañados de la Araucanía. "Poeta vegetal" se le llamó por mucho tiempo, sin considerar mayormente la corriente renovadora que lo venía conmoviendo desde hace algún tiempo y que, ahora, encuentra su expresión más lúcida en los poemas inéditos incluidos en su *Antología*, con selección y notas de Alfonso Calderón. La nueva tonalidad constituye una actitud novedosa que lo reactualiza ante la juventud, cuya posición rebelde, conflictiva y blasfematoria viene saltando todas las barreras. La rebeldía de Juvencio Valle, no obstante, se mantiene al margen de la protesta política o tribunicia. El poeta, cuidadoso y medurado en el uso de su registro lírico, sólo toca aspectos accesorios del conflicto social, como son la burocracia o la rutina administrativa, pero en estos poemas, además de la sátira oculta, hay gracia y ternura, remozadas por una actitud condenatoria y un lenguaje innovador del que aún se puede esperar mucho. El fallo que distinguió la trayectoria

poética de Juvencio Valle fue recibido con general beneplácito en nuestros medios intelectuales y le abrió camino a las traducciones en el extranjero.

El Premio Nacional de Arte, que este año correspondió al Teatro, vino a coronar la vasta y fructífera labor de Pedro Sienna, poeta, cronista de arte, actor de cine y teatro durante más de treinta años, profesor de academias teatrales y animador siempre activo de cuanta iniciativa teatral se haya emprendido en el país. Galán muy recordado de los tiempos del cine mudo, héroe popular y caudillo insigne de grandes filmes nacionales, Pedro Sienna es autor de un libro de poemas que ya pocos recuerdan, *El tinglado de la farsa*, pero que le ganó un lugar de vanguardia en la poesía de su generación.

Los Premios Nacionales de Periodismo pasaron, en cambio, casi inadvertidos, hasta tal punto que se creó, como reacción ante el medio, el Premio "Pec" de Periodismo, el que recayó en la figura de un escritor de alto prestigio: Ernesto Montenegro. Se quiso, así, reparar una odiosa postergación y una visible injusticia, la de mantener en el olvido al muy ilustre autor de *Los cuentos de mi tío Ventura*, ensayista ágil y vivaz, cronista acucioso y crítico literario destacado de diversos órganos de prensa nacionales y extranjeros. El fallo en rebeldía despertó curiosidad por la obra literaria de Montenegro, a quien le fueron contratados dos libros y una reedición para el presente año.

El Premio "Atenea", instituido por la Universidad de Concepción, fue concedido a Pablo Neruda por la suma de su obra poética y su brillante trayectoria en las letras de habla hispánica. La ceremonia de entrega de este galardón motivó un interesante discurso del poeta, el que fue profusamente difundido por la prensa.

El Premio Hispanoamericano de Novela, correspondiente al Concurso convocado por la Editorial Zig-Zag, fue ganado por Edesio Alvarado con su novela *El desenlace*, título que fue arrebatado de las librerías, alcanzando segunda edición en el curso del año. El triunfo de Alvarado lo destacó a nivel internacional y le significó la obtención de dos traducciones inesperadas: una al eslovaco y la otra al ruso.

Los Premios Municipales de Literatura, otorgados en el mes de mayo a las obras publicadas en 1965, fueron obtenidos por los siguientes autores: Novela: Enrique Lafourcade (*Novela de Navidad*). Cuento: Nicasio Tangol (*Mayachka*) y Hernán Poblete Varas (*Rosenthal*). Poesía: Mahfud Massís (*El libro de los astros apagados*). Ensayo: Mario Ferrero (*Premios Nacionales de Literatura*). Teatro: Juan Guzmán Améstica (*El Wurlitzer*).

Los Premios "Pedro de Oña", instituidos por la Municipalidad de Ñuñoa y administrados por la Casa de la Cultura de la Comuna, que dirige el pintor Gregorio de la Fuente, fueron otorgados a los siguientes autores, en los géneros que se indican: Novela: Guillermo Atías (*A la sombra de los días*). Cuento: Nicolás Ferraro Panadés (*Inmóvil Océano*). Poesía: Eliana Navarro (*La ciudad que fue*) y Hernán Cañas (*Arcoiris nocturno*). Ensayo: Raúl Silva Castro (*Pablo Neruda*) y Oscar Espinoza Moraga (*Bolivia y el mar*). Teatro: Blanca García (*Fin de Verano*).

El Premio Único de la Academia Chilena de la Lengua, que distingue a la obra de mayor propiedad idiomática escrita durante el año anterior, fue otorgado a Hernán Poblete Varas, por su volumen de cuentos *Rosenthal*. El Premio "Crav", de Cuento, lo ganó Gastón Acuña. Y el de la Fundación "Luis Alberto Heiremans", destinado a estimular a los valores jóvenes, fue concedido por unanimidad al poeta angelino Floridor Pérez.

Los Premios "Gabriela Mistral", de la Municipalidad de Santiago, para obras inéditas, distinguieron a los siguientes autores: Novela: Manuel Miranda (*Terminal de los fusiles azules*). Cuento: Altenor Guerrero (*La mitad de la esperanza*). Poesía: Víctor Lohental (*Lejanía Interior*). Ensayo: Guillermo Sanhueza (*Sociedad y educación en América Latina*). Teatro: Víctor Torres (*La Clínica*).

Los Premios "Alerce", instituidos por la Sociedad de Escritores en combinación con la Universidad de Chile, convocados cada año para obras inéditas en los cinco géneros literarios, fueron otorgados a: Novela: Patricio Manns (*De noche sobre el rastro*). Cuento: Héctor Carreño Latorre (*Las dudas*). Poesía: *La fuga de Sebastián y otros poemas*, de Jaime Gómez Rogers. Ensayo: Mario Ferrero (*Claves del estilo de Pablo de Rokha*). Teatro: José Pineda (*Los marginados*).

El Premio "Olegario Lazo Baeza", convocado por el Grupo "Los Trasgos" y la Municipalidad de San Fernando, fue concedido a Gonzalo Drago por su obra *Vida y Obra de Olegario Lazo*, en tanto que el Premio de Cuento del Ateneo de San Bernardo era otorgado a Luis Rivano, por *La niña del automóvil celeste*.

Mención especial merece el Concurso Internacional organizado por la Casa de las Américas, de La Habana, el que a comienzos de año fue ganado, en poesía, por Enrique Lihn, con su excelente obra *Poesía de paso*, la que al ser publicada obtuvo los elogios de la crítica internacional e incorporó un nuevo nombre chileno al estrellato lírico hispanoamericano.

De los Concursos programados para el presente año, es preciso destacar la valiosa iniciativa del Ministerio de Educación, de Venezuela, al crear el Premio Internacional de Novela "Rómulo Gallegos", el que será discernido cada tres años a la mejor novela publicada en idioma español, ya sea en España o Hispanoamérica. El certamen está dotado con una recompensa económica de cien mil bolívares, equivalentes a una suma cercana a los cien millones de pesos chilenos, y contará con 21 Jurados nacionales de selección y un Jurado internacional de resolución. El jurado chileno de selección está integrado por Raúl Silva Castro, Carlos Rozas Larraín y Martín Cerda. En el jurado internacional de resolución, entre otros ensayistas señeros, figura el chileno Arturo Torres Rioseco. El concurso deberá fallarse el 2 de agosto próximo, fecha en que Rómulo Gallegos cumplirá 82 años de edad.

Este y el Premio Latinoamericano de Literatura, convocado por la Comunidad Latinoamericana de Escritores, a proposición del Gobierno de México, serán los más altos galardones internacionales convocados para el presente año. El Premio Latinoamericano de Literatura, al que contribuirán los gobiernos de todos los países del continente, formará parte de los planes de integración cultural latinoamericana y deberá quedar definitivamente instituido en el Segundo Congreso Latinoamericano de Escritores, a celebrarse en México en el mes de marzo próximo.

LA NOVELA

Todas las buenas novelas del año pertenecen al sello Zig-Zag, así como los mejores ensayos fueron impresos por Universitaria.

Posiblemente la más novedosa, la más fresca, profunda y renovadora sea *Cuerpo creciente*, de Hernán Valdés, que obtuviera mención honrosa en el Concurso de la Casa de las Américas y que ahora, revisada por su autor, está alcanzando uno de los mayores éxitos de crítica y difusión de los últimos años. Se trata de una penetrante revelación de todo ese mundo mágico de sensaciones, tribulaciones y descubrimientos que conforman la atmósfera vital, encantadoramente ingenua, de un niño de cortos años. Pero no es un niño como todos, sino un ser dotado de una inteligencia extraordinaria, hipersensible por naturaleza, dueño de un poderoso sexto sentido de observación y detrás de cuya naturaleza orgánica se esconde la sicología de un tímido, en permanente trance de frustración melancólica. Su autor posee una sorprendente capacidad para hurgar en los resortes síquicos del niño, en su delicado sistema de asociaciones, en su profundo y cabal deslumbramiento. De todo lo cual brota un estilo prístino, recamado de

sugestiones, hondo y atrayente en su doble función conmovedora. Desde este punto de vista, *Cuerpo creciente* es una obra de excepción en nuestro panorama novelístico, el que no se caracteriza, precisamente, por su riqueza formal. Esta rara virtud, permite a Hernán Valdés trabajar su novela en dos planos paralelos de constante contraposición: la cruda y atormentada realidad del mundo adulto, con su profunda atmósfera conflictiva, y la imagen distorsionada, llena de fantasía y encantamiento, con que esta realidad se reproduce en el espejo limpio de la captación infantil.

De calidad muy pareja a la anterior y hasta con cierta afinidad de temperamento, de sutil parentesco temático, es *Este domingo*, la celebrada novela de José Donoso. Más ambiciosa en su amplitud ambiental, más rica de movimiento y situaciones novelescas, no logra, sin embargo, superar la autenticidad de observación ni el lirismo estilístico de *Cuerpo creciente*. Con relación a sus producciones anteriores, José Donoso continúa en *Este domingo* la difícil tarea de hacer chocar mundos contrapuestos, característica que abarca, no sólo la contraposición de distintos estratos sociales en la escala de la configuración nacional, sino que incluye el desdoblamiento de los personajes observados en distintas etapas de su vida. Se ha dicho que el defecto de Donoso, en la visión sociológica de sus ficciones novelescas, es la de elegir siempre los ambientes extremos de la escala social, la aristocracia oligárquica, ociosa y convencional, en contradicción con un subproletariado que no alcanza valoración como clase. La observación es justa, pero no es menos cierto que *Este domingo* alcanza un alto valor de documento humano, de auténtica revelación, y que sería imposible exigirle al autor, en una sola obra, la captación integral de los complejísimos aspectos que configuran la realidad chilena. Con lo dado hasta aquí, ya es suficiente para considerar a José Donoso entre los grandes novelistas chilenos de la nueva promoción.

El best-seller novelístico del año fue, sin duda, *El desenlace*, de Edesio Alvarado, autor que a pesar de su juventud ya ha logrado un lugar preeminente en el panorama narrativo nacional. La atmósfera ambiental de *El desenlace* transcurre en torno a los colonos de Puerto Aisén y sus aledaños, zona que el autor conoce en profundidad y que ya había sido revelada, con escasas variantes, en *La captura*, *El caballo que tosía* y *El silbido de la culebra*, sus obras más señeras. No obstante su alta calidad de construcción, la reiteración de elementos físicos y síquicos del ambiente austral chileno, cierta morosa lentitud en el desarrollo de las situaciones novelescas, el abuso del suspenso y las digresiones íntimas del autor, a veces excesivas, no significan un ascenso visi-

ble de *El desenlace* con relación a su producción anterior. El valor de Alvarado continúa residiendo en su poderosa fuerza realista, en el dramatismo con que ha sabido incorporar a nuestro ambiente novelístico las características de una zona hasta hace poco inédita, y cierto angustiado fatalismo, muy propio de la región, que envuelve a sus personajes en un conflicto sin salida, saturado por el alcohol y la muerte. Sus obras, vistas desde este ángulo, contienen una poderosa denuncia social y una raigambre trágica, que terminan por aprisionar al lector en su dantesca densidad.

Otras novelas importantes, mal juzgadas por la crítica o de repercusión escasa, muy lejana con relación a sus méritos, son *Detrás de las máscaras*, de Daniel Belmar, y *La eternidad no es mía*, de Roberto Otaegui. *Detrás de las máscaras* es una novela de técnica difícil, pero de hondo contenido humano y social. Está organizada en tres planos simultáneos, que se entrecruzan y chocan sin cesar: *El tiempo en agraz*, que es el mundo de la tortura y la frustración infantil de los personajes, que después serán recuperados por el autor en su vida adulta y en situaciones muy disímiles; *El rastro en las dunas*, conformado por múltiples imágenes desdobladas, de aguda introspección síquica, en que transcurren diferentes etapas y vivencias muy particulares de la vida del protagonista; y *Detrás de las máscaras*, que son las historias adultas, paralelas, de dos de los personajes que constituyeron el primitivo trío de la infancia. Creemos que gran parte de la intención de esta novela, de su hondo y conmovedor dramatismo, se pierden por cierta dispersión extraña, de ambiciosa estructura formal. Los tres planos no siempre están bien soldados, lo que hace perder la atmósfera de los hilos ocultos y atenta contra la unidad de la acción. Otro de sus reparos, naturalmente relativo, es el tono de caricatura, de exagerada acentuación con que pinta el autor ciertas escenas, especialmente las de la burguesía industrial y el mundo snob de los artistas ricos. Con todo, la novela posee valores de introspección psicológica que la crítica no supo ver, los que, además de su angustiado dramatismo, la convierten en una de las mejores obras de ficción producidas durante el año.

La principal virtud de Otaegui, por su parte, es la de haber descubierto para la novelística chilena la revelación de un problema latente y que aparecía ajeno al libro: el mundo de la delincuencia juvenil en las clases mal llamadas aristocráticas. La amplia gama de personajes, perfectamente diferenciados, que van desde el hijo "incomprendido" de una familia de la alta burguesía viñamarina, que deviene en colérico desenfado y posteriormente en asesino, hasta la dama rica, ma-

dura, esposa de un acaudalado industrial, que arrienda amantes jóvenes para calmar su sensualidad exacerbada por una vida ociosa y superficial, constituyen hallazgos de novedosa observación en los innúmeros aspectos de la realidad nacional. Completan el reparto de *La eternidad no es mía* un grupo de rufianes elegantes, otras tantas jovencitas de fácil consumo, un padre aparentemente severo, que se dedica a negocios turbios, inspectores de policía, agentes, bebedores consuetudinarios y hasta un chofer de taxi, víctima ocasional del desenfreno juvenil de Juan Martinic, el antihéroe. Con estos elementos humanos, construye Roberto Otaegui una novela vertiginosa, llena de movimiento, de estilo nervioso y supersintético, donde la acción sobrepasa la calidad idiomática y la agilidad del contenido supera a la estructura formal. Desde el punto de vista sociológico, la obra es un aporte serio y de palpitante actualidad, que hace trascender una problemática hasta aquí vedada y mantenida en el riguroso misterio proveniente de la influencia social de los personajes que la configuran.

Otra sorpresa de agilidad, observación desenfadada y lenguaje funcional lleno de simpatía, fue la publicación de *El púgil y San Pancracio*, con que Juan Uribe Echevarría, profesor universitario, ensayista e investigador de mérito, debuta en la novela chilena. El trasfondo del ambiente boxerial, la picaresca de sus recursos, el contrapunto de personajes muy variados, de chilenísima autenticidad, hacen de esta novela una obra de lectura liviana, grata, elaborada con gracia y cierto don de aventura que constituyen una revelación en la personalidad, de apariencia grave, de Juan Uribe Echevarría.

La mentira, de Jorge López Le-Roy, integrante de la generación del 38 que debuta en el género novelesco, viene precedida de un primer premio en el Concurso "Pedro de Oña", lo que la hace digna de un análisis especial. El autor posee dotes innatas de novelista y sabe conducir su ficción con sabiduría, a pesar de que la obra contiene atributos de novela rosa que son contenidos en el momento preciso, con extraña intuición, equilibrando así la gama de sus recursos. Horra de ambición realista o de contenidos trascendentes, *La mentira* es una novela para todo lector, amena, bien urdida, de lectura atractiva y volandera. Su tema transcurre en torno a la dualidad amorosa de un médico joven, personaje jovial, inteligente, de vida desenfadada y brillante porvenir profesional, lo que permite al autor introducirse con gran propiedad en los ambientes burgueses, los que están pintados con simpatía, al margen de la crítica social o el encono clasista.

Otras novelas interesantes publicadas durante el año, son *Huellas en la ciudad*, de Maité Allamand, escrita en forma de diario de vida

y cuyo tema central es el contrapunto entre la vida nerviosa, clandestina y a menudo artificial de las grandes ciudades, en este caso Santiago, y la plácida vida campesina, y *Papel manchado*, de Tito Mundt, cuya característica es la agilidad de lenguaje, las asociaciones imprevistas, las variadas observaciones que son propias de su agudísimo estilo en el periodismo, atributos que en la novela producen cierta dispersión apasionante y una secreta pérdida de estructura.

En un segundo plano valorativo habría que considerar *Cero a la izquierda*, de Poli Délano, novela fresca, de soltura espontánea; *Encuentro en Tánger*, de Eugenio Matus, novela de intrigas internacionales, a través de las cuales se sitúa la inteligente personalidad anímica y el agudo poder de observación del autor; *La condena de todos*, de Jaime Valdivieso, ambiciosa introspección en el mundo infantil, que se ve parcialmente frustrada por una técnica inadecuada, demasiado moderna y en definitiva, artificiosa; *Mi abuelo Ciriaco*, de Julio Silva Lazo, proyección tardía del criollismo que contiene, no obstante, elementos renovadores y un amplio conocimiento del ambiente en que se proyecta; *El signo de Espartaco*, de Luis Rivano, novela de crítica sociopolítica, con admirables pasajes populares, pero dañada en su unidad por falta de basamento ideológico; *Adiós a la familia*, de Braulio Arenas, de excelente lenguaje estético, pero recargada, morosa, una de esas novelas que valen por la sugestión de su estilo, al margen de la acción narrativa; *Madre soltera*, de Matilde Ladrón de Guevara, de audaz acento reivindicativo y conducción sobria, adecuada a su contenido; *La crucifixión de los magos*, de Armando Menedín, novela de ciencia ficción con una posición optimista, muy de poeta, de lo que habrá de ser Chile en el año 2085, líder de la técnica científica en el imperio progresista que, según el autor, será América Latina.

Completan esta sinopsis de 1966, en el género, tres novelas de carácter histórico: *Alonso de Ribera*, de Fernando Campos Harriet, *Así nacieron los pueblos*, dos volúmenes de Carlos Vega López y *Huella de siglos*, de Jorge Inostrosa, y otras tres novelas de temática y calidad muy diversa: *La señorita Clementina*, de Rosa María Felere; *Cartas a Guillermo*, de Germán Arias Morales, y *En un barrio llamado Yungay*, de María Esperanza Reyes.

EL CUENTO

La producción de volúmenes de cuento es escasa con relación a la novela y el ensayo, los géneros de mayor cultivo en el curso del año.

La obra más calificada en este género es, sin lugar a dudas, *Guero*

de *Diablo*, de Guillermo Blanco, escritor que se destacó, además, por sus agudos comentarios críticos de la Revista "Ercilla". La generación del cincuenta, con escasas excepciones, se había caracterizado por su insistencia en la narración de interiores, trasfondo de un mundo retorcido y algo ficticio, donde las aventuras de alcoba y los conflictos intelectuales de la crisis contemporánea, recargados de erotismo y falsa religiosidad, constituían el nudo preferencial de la trama. Este curioso contenido, que siempre consideramos discutible, desaparece por completo en *Cuero de Diablo*, para dar paso a la recuperación de los ambientes populares y a una sintomática ampliación de los infinitos enfoques de la realidad nacional. ¿Un retorno al criollismo?, preguntarán algunos. Nada de eso. Una superación muy visible de los aspectos más positivos del regionalismo literario, base primaria, en última instancia, del ascenso a la universalidad.

Se ha dicho que *Cuero de Diablo* es un volumen de cuentos. Lo es. Y de los buenos. Pero estos cuentos, que son piezas independientes y de unidad cerrada, están hilvanados entre sí por dos hilos muy sutiles, apenas advertibles: un personaje común, El Negro, siniestro bandolero de la zona central, que se pasea por el libro como una sombra fatídica, pero sólo como una sombra, y cierta atmósfera envolvente que unifica la acción de los diversos escenarios y personajes. Con lo que el volumen de cuentos viene a ser, además, una novela de técnica innovadora, de curiosísima estructura. Ya sé que esta tesis no será aceptada por los eternos parceladores literarios, pero no puedo dejar de formularla como una de las virtudes esenciales de Guillermo Blanco. Este recurso, logrado en plenitud, le permite al autor el difícil hallazgo de abandonar, a voluntad, a sus personajes, para volver a recuperarlos luego, en distintas situaciones y bajo diversos nombres, con lo que, al final, estamos ante un friso novelesco de nuevo tipo y de indiscutible jerarquía, ya que esta capacidad de desdoblamiento le ha permitido al escritor presentar las dos caras de una misma moneda, las múltiples facetas de atormentadas y complejas sicologías.

Todos seremos rosados es la grata sorpresa del año en el género del cuento. Franklin Quevedo, ganador, no hace mucho, del Concurso de Cuentos organizado por Diario "El Sur", de Concepción, constituye en este volumen toda una revelación. Sin alardes de técnica, con un estilo funcional y hasta casi magro, pero de gran propiedad y precisión, logra en el lector un extraordinario impacto emocional y una curiosa comunicación de simpatía. Su resorte mágico es la ternura, una velada ensoñación derivada de su calidad humana, detrás de la cual se oculta una frustración latente que jamás se resuelve por la vía de la

protesta o la amargura, sino que se diluye en una suave y tenaz melancolía. Tan personales características dejan en el lector un sabor de autenticidad, de íntima nostalgia, las que lo hacen participar de las muy variadas situaciones y conflictos de los personajes. Franklin Quedo, con este volumen que ganara el Premio "Alerce" de Cuento en 1965, ha entrado por la puerta principal de la literatura chilena nueva. Su nombre ya no se podrá olvidar y habrá de estar presente en las futuras antologías y compilaciones del género.

Juan de los perros, de Lautaro García, se llevó las palmas de la crítica en su especialidad. Es un libro de suelta, penetrante y movida expresión costumbrista, con una vivacidad renovadora representativa de un autor en plena madurez y muy seguro de sus medios expresivos. Los personajes populares están delineados con buen gusto y un afinado sentido de observación, atributos que comunican a sus relatos verdad y hondura humanas.

¡Uranidas, go home!, cuentos de ciencia-ficción del capitán René Peri Fagerstrom, es otra de las gratas sorpresas del año. Conforman el volumen trece cuentos de muy diversa índole, pero de calidad bastante homogénea: "De profundis", "No se fíe de un hectoplasma", "El primer astronauta europeo", "La guerra de los mundos", "La raza invencible", "Prisioneros en un cometa"; "Catástrofe en la luna", "Vistos desde allá", "Hoy, gran match intersolar", "Los transfugas del mundo", "Extranjero en su propio planeta", "Los hidronautas" y "La segunda luna". A través de todos ellos, René Peri exhibe cualidades poco frecuentes en las narraciones de ciencia-ficción: imaginación rica, plena de una particularísima fantasía, lenguaje elegante y de gran propiedad idiomática, un envidiable sentido del humor, que constituye una rara virtud en este género, y hasta cierta chilenidad latente, socarrona, oculta, siempre dispuesta a la sonrisa. Con estos valores, no sería extraño que *¡Uranidas, go home!* se convirtiera en uno de los éxitos editoriales del año, ya que el volumen recién comienza a circular y aún no ha sido advertido por la crítica.

Párrafo aparte merecen dos excelentes compilaciones de Luis Domínguez, editadas por Zig-Zag en su Biblioteca Popular: *Los mejores cuentos de José Donoso* y *Los mejores cuentos de Luis Alberto Heiremans*, volumen que debe ser estimado como un homenaje póstumo al talentoso cuentista, novelista y dramaturgo prematuramente desaparecido. Ambas selecciones contienen piezas ya conocidas, especialmente la de José Donoso, pero así reunidas y presentadas con esmero, constituyen visiones panorámicas, de alto valor estético, de dos de los mejores cuentistas de la generación del cincuenta,

También son dignas de mención especial, dos atrayentes compilaciones de cuentos infantiles: *El hombre cabeza de nieve*, de María Silva Ossa, y *Cuentos infantiles*, de Amalia Rendic. El primero destaca por su frescura, por el clima de sano encantamiento y la eficaz imaginación de la autora, que ya se ha especializado en este tipo de relatos. El segundo asienta sus valores en la observación síquica del niño, el que participa de las situaciones narrativas directamente como actor y no como espectador estático, como solía ocurrir antes en nuestra malísima literatura infantil. La sugestión y el hechizo son otras de las cualidades positivas de Amalia Rendic.

Cierran el panorama del cuento, cinco volúmenes de calidad heterogénea: *Mano dura*, de Milo Sepúlveda, que acusa un progreso evidente con relación a sus trabajos anteriores; *Cuentos arqueológicos*, de Carmen Merino, interesante por la elaboración de su temática; *Mundo doliente*, del Dr. Raúl Yazigi, que contiene experiencias lacerantes de su ambiente profesional y que debe ser estimado, desafortunadamente, como póstumo, ya que el Dr. Yazigi falleció en los mismos días en que aparecía su libro al público; *Hombres de la orilla*, novedosa selección de cuentos porteños de Gastón Rodríguez, editados pulcramente por la Sociedad de Escritores de Valparaíso, y *Doce trozos de vida*, de Angela Alvarez, el más débil e inmaduro del conjunto.

No podemos dejar de hacer alusión a la hermosa edición, tantas veces celebrada a lo largo de medio siglo, de *El provinciano en Santiago*, compilación de artículos y viñetas de Jotabeche, reactualizados ahora en lujosa edición de la nueva Editorial Santiago. El primer costumbrista del siglo pasado hacía falta, desde hace tiempo, en los buenos anaqueles de las bibliotecas. Su presencia viva llenará de gracia, como antaño, el mundo atribulado de grandes y chicos, factor que contribuirá a popularizar la figura de uno de nuestros clásicos del siglo XIX, cuya inventiva satírica y su gran condición de compositor costumbrista permanecen plenamente vigentes hasta nuestros días.

LA POESÍA

A pesar de la permanente queja de los poetas por falta de editor, se publicaron el año recién pasado 56 obras de poesía, varias de ellas de alto valor estético y de una posición renovadora que mantiene viva la tradición chilena de los grandes maestros en el género, continuamente afianzada en la expresión lírica de las nuevas generaciones.

Naturalmente, la noticia máxima y la mayor preocupación de la crítica recayó en *Arte de pájaros*, el lujoso y esmerado libro de Pablo Neru-

da. Mirado desde el punto de vista estrictamente crítico, el volumen supera en gracia, en diafanidad y dominio estético, a toda la producción nerudiana de estos últimos años, no así a sus libros de juventud y a la etapa de las Residencias, que continúa en la cúspide de su talento creador. Este *Arte de pájaros*, expresión poco representativa de su conocida teoría de "poesía para las grandes masas del pueblo", tanto por su contenido como por su altísimo costo, constituye un juego poético de alada presencia, de oficio ágil y en permanente vigilia, atributos todos que operan en contra de la antigua trascendencia dramática del autor, de su hondo sentido americanista, de su poder de denuncia social y política. La actual juguetería nerudiana, trabajada con gracia y soltura, tiene escasa relación con sus postulados estéticos y su posición política, adictos, ambos, a una defensa de realismo popular que no encuentra eco en este libro.

En el plano de las comparaciones ineludibles, el mejor libro poético de 1966 es, a nuestro juicio, *Poesía de paso*, obra con que Enrique Linh obtuviera el Premio de Poesía de la Casa de las Américas en 1965. La amplitud de la vivencia reveladora de Linh, la honestidad intelectual de su inmersión lírica, la alta y castigada jerarquía de su lenguaje estético, el profundo sistema de asociaciones íntimas de su mundo interior, sus imágenes evocadoras, esa atmósfera de desencanto melancólico, de inteligencia vigilante, nos revelan a un poeta de extraordinaria calidad, que tiene una conciencia lúcida de su responsabilidad poética como testigo activo de su tiempo. Contrariamente a lo expresado por la crítica, creemos que los momentos mejores de *Poesía de paso*, que son muchos, residen en la vivencia espiritual de su experiencia amorosa, en la secreta e íntima frustración anímica que le deja el amor frente al drama de su temporalidad, y no así en poemas como "La derrota", en los que se ha querido ver una nueva posibilidad de tratamiento de la poesía política. En todo caso, la presencia de Linh en el panorama de la joven poesía del continente, está llamada, con este libro, a producir una honda conmoción que no dejará de tener continuadores.

La producción poética del año es tan profusa y variada, que nos parece imprescindible organizarla por generaciones, por grupos cronológicos que faciliten su comentario. En el primero, el de los grandes maestros o figuras definitivamente reconocidas, habría que considerar, además de Neruda, a Pablo de Rokha, con la publicación de *Mundo a mundo* y la reedición de *Escritura de Raimundo Contreras*; luego la *Antología* de Juvencio Valle, en selección de

Alfonso Calderón, para venir a rematar en *Poesías*, de Jorge Hübner Bezanilla, y *El sol ciego*, de Humberto Díaz Casanueva.

Pablo de Rokha, en *Mundo a mundo*, primer estadio de una trilogía poética cuyo contenido central es su visión totalizadora de Francia, y que tendrá un segundo y un tercer estadios dedicados respectivamente a China y la Unión Soviética, nos ofrece una concepción bastante audaz y no poco discutible de su nueva posición ante el realismo. Se trata de un alejamiento, al parecer definitivo, de su lirismo de juventud, para incorporar a su expresión lírico-épica, cada vez más acentuada, una infinidad de materiales hasta aquí considerados al margen de la poesía, como son la estadística, la economía, el proceso industrial, el avance técnico y científico, las contradicciones políticas y sociales del mundo contemporáneo. La nueva técnica es compleja y requiere un estudio minucioso, que aquí no podemos afrontar, a la espera de la mayor decantación que seguramente habrán de ofrecer sus dos volúmenes próximos. En todo caso, la fuerza verbal de Pablo de Rokha, su virilidad poética, la directa intención de sus cantos masivos, se ve acentuada en su régimen de contradicciones por este nuevo tratamiento, inusitado en la poesía contemporánea mundial.

Poesía, de Jorge Hübner Bezanilla, obra de publicación póstuma seleccionada por Alone, nos parece poseedora de una sobrecarga convencional, un tanto arcaica, que viene desde el título. La compilación contiene cinco o seis poemas inobjectables, de estructura definitiva, pero el total se ve envejecido, añejo, con un exceso de preocupación formal que daña la diafanidad de su mensaje. Se diría que Jorge Hübner, poeta de finísima sensibilidad, que nunca quiso publicar en vida, frustró su natural evolución por este excesivo rigor autocrítico. En otras palabras, de tanto buscar la perfección, de tanto pulir y limar aristas, terminó por deteriorar la materia prima, la piedra viva del canto. El resultado de cincuenta años de buril es, ahora, un libro muy cercano a la perfección, pero frío, pálido, de otra época. El grito se ha convertido en murmullo y la antigua pasión en silencio resignado.

El sol ciego, de Humberto Díaz Casanueva, otro de los grandes de la poesía chilena, es una elegía escrita en memoria de su amigo del alma, el poeta Rosamel del Valle. El volumen contiene chispazos de alta poesía, de expresión lírica lograda en forma cabal, pero la elegía, vista en su conjunto, conserva un dejo retórico, de subterránea insatisfacción, que no alcanza la calidad de altura propia del poeta. Hay un cansancio latente, el residuo de un lenguaje

muerto, que persiste como una atmósfera evanescente a lo largo de sus páginas. Comparado éste con sus grandes libros de juventud, *El blasfemo coronado* o *Vigilia por dentro*, por ejemplo, *El sol ciego* nos presenta a un Díaz Casanueva envejecido, monocorde, inútilmente oscuro y espeso.

El más joven entre los viejos viene a ser Juvencio Valle, quien nos da en su *Antología* una expresión renovada, disconforme, rebelde, casi colérica, aunque esta rebeldía esté orientada a combatir aspectos accesorios del complejo mundo de nuestros días, como son la burocracia, el cansancio de la vida citadina, el insostenible anacronismo del ambiente bursátil y administrativo. El ácido sentido del humor, la sátira amarga y fina a la vez, el acento crítico que asoma la nariz, como jugando, detrás de este sarcasmo, nos parecen síntomas inequívocos de una saludable renovación en Juvencio Valle, quien ha sabido buscar en la expresión de la corriente juvenil de nuestro propio país, aquello que ya no podían ofrecerle los clásicos españoles ni la tradición hispánica que, por muchos años, constituyó la esencia de sus afinidades líricas.

Un libro distinto, fuera de serie, es *Juan sin nombre*, de Carlos Rozas Larraín, poeta culto que cultiva en este volumen la décima popular, reactualizando así la prestigiosa tradición de los cantores y "puetas" anónimos, repentistas e improvisadores. Esta no es, sin embargo, la obra de un repentista, sino la de un hombre de buen gusto que ha trabajado lentamente, como al desgaire, una obra fresca y de atrayente lectura. Escrito con gracia innata, con una sana picardía criolla, *Juan sin nombre* resume las aventuras, desventuras y malandanzas de una pareja de rotos patiperros que recorren el país, desempeñando los oficios más extravagantes y peregrinos. Además de la chispa graciosa, el libro ostenta dos características muy visibles: su posición antioligárquica y una socarrona crítica de carácter ateo, la que arremete, livianamente, contra frailes y prebendados.

La generación poética del 38, estuvo representada en el año por dos nombres y tres títulos: *El juego de ajedrez*, texto anexo al lujoso calendario de la Editorial Lord Cochrane, y *Pequeña meditación al atardecer en un cementerio junto al mar*, de Braulio Arenas, y *Los poemas augurales*, de José Miguel Vicuña. El primero es una novedosa y lírica interpretación, en prosa poética, de los símbolos del ajedrez, extraño texto que exhibe los mejores momentos de sugestión poética y de alto lenguaje estético que fueron patrimonio de los surrealistas chilenos, muy especialmente del autor del *Discurso del gran poder*. Los dos restantes son buenos libros de poesía, parti-

cularmente el de Arenas, que aparece ahora tocado de una profundidad metafísica y un temblor lírico auténtico que no le conocíamos en los tiempos de La Mandrágora.

La generación del 50, además de la obra de Lihn a la que ya nos hemos referido, aparece representada por tres títulos de gran dignidad poética: *Invocación para el origen*, de Galvarino Plaza Merino, que obtuviera el Premio "Alerce" de Poesía en 1965, *Las señales*, de Garland, seudónimo de Gonzalo Toro, autor que debuta a la altura de los mejores de su generación, y *Poemas secretos*, de Jorge Teillier, uno de los veteranos, con nombre propio, de los jóvenes del cincuenta.

El lirismo de Galvarino Plaza tiene una condición telúrica de fuerte raíz ancestral, el que se ve castigado por una postura intuitiva, de síntesis metafísica, frente al fenómeno de la poesía. Su obra, saturada de cierto hermetismo y por ello mismo difícil de comentar, podría caracterizarse con estas palabras de Luis Oyarzún: "Está en sus versos al abandono del soñador que no se resiste a la vida y que expresa con hondura sentimientos que brotan de los buceos entrecortados del alma, con los cuales sale fuera de sí con ojos transfigurados".

Garland, por el contrario, tiene una posición abiertamente desafiante y una rara seguridad verbal. En una poesía más potente y directa, ostenta la rebeldía de su plenitud juvenil, acrecentada por la insurgencia de sus principios ideológicos. Su principal característica viene a ser el sentido innato de las contradicciones dramáticas de la existencia humana, la condición proterva, detrás de la cual se oculta una poderosa protesta social, su clara conciencia de ser alienado, trizado interiormente por las vivencias propias de una vida adversa y hostil. *Las señales* dan un tono desusado y saludable a la producción lírica chilena de estos últimos años.

Los *Poemas secretos*, de Jorge Teillier, significan un paso de avance con relación a la intrascendencia y el juguete lírico que lo venía personificando en sus últimos libros. Dueño de una gran cultura poética, de un envidiable don de oficio y de una indiscutible vocación lírica, no había dado, hasta aquí, la obra que estuviera en consonancia con estos atributos. Tampoco lo logra en definitiva con los *Poemas secretos*, pero hay en marcha un proceso de madurez, una mayor inmersión dramática de la que cabe esperar la obra definitiva. El cuadernillo de Teillier fue publicado, en separata, por la Revista Anales de la Universidad de Chile.

Los más nuevos, a quienes podríamos llamar los pioneros de la última ola, sin dejar de reconocer en algunos de ellos valores consagrados, estuvieron representados por cuatro nombres y cinco títulos: *Príncipe de naipes* y *Agua removida*, de Waldo Rojas; *Opus cero*, de Carlos Cortínez; *Los neuropoemas*, de Hernán Lavín Cerda, y *Poemas*, de Ronald Kay, separata editada por la Universidad de Chile. Los mejores libros de este grupo son *Príncipe de naipes* y *Opus cero*, el primero dueño ya de la síntesis proteica y el don de magia que anuncia a los grandes, y el segundo, buccador todavía inseguro en una tradición cultural que no encuentra su cauce definitivo, pero que alcanza a mostrar vivencias y vibraciones propias que le auguran un porvenir significativo. Lavín Cerda, en cambio, insiste en una modernidad inmadura, en el tono de rebelde sin causa que aún no encuentra el secreto de su lenguaje expresivo y que se resuelve, en definitiva, en el juego insubstancial con el que se trata de asustar al vecino. No obstante, hay algo en él, algo oscuro e impreciso, que nos permite afirmar su reencuentro futuro. Los nuevos publicaron, además, una excelente antología: *Poesía Chilena 1960-1965*, a la que nos referiremos brevemente en capítulo posterior.

Otros libros de poemas que muestran valores representativos son *Imán verde*, de Escilda Gréve; *Estrofas del jardín*, de Fernando Lamberg; *Huaso mayor*, de Rubén Campos de Aragón; *En estado de gracia*, de Carmen Gaeta Nieto; *Piedra y sentimiento de puerto claro*, de Eduardo Embry; *El regresado*, de Antonio Campaña, himno lírico en homenaje a Simón Bolívar, y *Poda*, de Guillermo Trejo, que muestra caracteres propios y un registro poético de sobria dignidad artística.

Completan esta sinopsis, en el género de la poesía *Las horas*, de Guillermo Campos Rivas; *Otros poemas*, de Raquel Weitzman; *El libro de Francisca*, de Modesto Parera; *Algunos sonetos y otros poemas*, de Benjamín Morgado; *Cinco nocturnos*, de Andrés Recasens; *Elegía y regreso*, de Miguel Morales Fuentes, y *Rostro y retorno*, de Eric Troncoso.

EL ENSAYO

El ensayo muestra un rostro rico, múltiple, difícil de analizar por la gran variedad de materias y especialidades, muchas de ellas ajenas a nuestro mundo. Con el objeto de alcanzar en este recuento la mayor objetividad posible, los hemos dividido en diez grupos: lite-

rario, científico, sociológico, humanístico, histórico, político, plástico, económico, biográfico y varios. En la imposibilidad de comentarlos en particular, destacaremos los más importantes en cada especialidad.

Los ensayos literarios más importantes son, a nuestro juicio, *Leáutaud y el otro*, de Armando Uribe Arce; *Cesare Pavese*, de María de la Luz Uribe; *El teatro en Chile*, de Mario Cánepa Guzmán; *Vida y obra de Pablo de Rokha*, de Fernando Lamberg; *El naturalismo en la novela chilena*, de Vicente Urbistondo, y *Técnica Poética*, de Renato Mora, a los que habría que agregar valiosísimos estudios contenidos en *Poesía Chilena 1960-1965*, la antología del Grupo Trilce, de Valdivia, publicada bajo la responsabilidad de Carlos Cortínez y Omar Lara. Entre ellos sobresale, con perfiles muy nítidos, el agudísimo ensayo de Luis Bocaz sobre la poesía de Enrique Lihn, destacándose, además, el de Hugo Montes en la presentación de la poesía de Miguel Arteche. El más débil, en cambio, viene a ser el de Alfonso Calderón relativo a Alberto Rubio, el que no alcanza a sobrepasar un tonillo pedante, despectivo, de rutina universitaria de fácil manejo.

Armando Uribe, en estilo sugerente y sorpresivo, trabaja una curiosa forma de ensayo en torno a Paul Leáutaud, escritor francés fallecido hace unos diez años, a avanzada edad y totalmente desconocido entre nosotros, incluso para escritores curiosos y especializados. Autor de un *Diario Particular*, de un ensayo sobre teatro y de numerosas disquisiones de índole muy variada, la extraña figura de Paul Leáutaud aparece permanentemente mezclada a la del autor del estudio. Y es aquí, precisamente, donde reside el valor del trabajo de Armando Uribe, ya que la técnica elegida le permite hablar con desenfado de sus estados de ánimo, de lecturas e inquietudes intelectuales muy diversas, de múltiples problemas derivados de su complejo mundo anímico, siempre en trance de vigilia y sugestión interior. El resultado de tan curioso método viene a ser un ensayo altamente atrayente y que constituye una excepción a la manía bibliográfica y a la total falta de ideas que exhibe, por lo general, el género que se cultiva en Chile. Al final, sabemos casi tan poco de Paul Leáutaud como antes de iniciar la lectura, pero el autor ha despertado en nosotros una infinidad de interrogantes, nos ha hecho vibrar con estímulos dispares y nos ha permitido gozar de un estilo rico, altamente sugestivo, lleno de misterio y atracciones ocultas.

María de la Luz Uribe, por su parte, se preocupa de otro desconocido: Cesare Pavese, poeta italiano nacido en S. Stefano Belbo el 9 de septiembre de 1908 y quien se suicidó en un hotel de Turín,

el 27 de agosto de 1950. Sin la profundidad oculta que exhibe Armando Uribe, más clara y directa, la autora nos ofrece un estudio útil, exhaustivo, algo convencional y saturado de informaciones introspectivas, detrás de las cuales es fácil descubrir la personalidad de un poeta hipersensible, contradictorio y de condición dramática, un perfecto inadaptado con relación al mundo vertiginoso de su época. Ambos ensayos pertenecen a la colección "El espejo de papel" y forman parte de las investigaciones del Instituto de Literatura Comparada, que dirige el profesor Roque Esteban Scarpa. Nos parece del todo censurable, no obstante la calidad de los ensayos anotados, que los dos únicos trabajos del Instituto publicados durante el año, estén dedicados a escritores extranjeros desconocidos para el lector común y de acceso imposible en sus fuentes directas, lo que viene a limitar seriamente la labor de este grupo, el que cuenta con figuras de primer plano y talentos de selección en la investigación literaria.

Ajeno a las disciplinas universitarias, solitario, esforzado, seguidor del método tradicional, Mario Cánepa Guzmán nos da en *El teatro chileno* una visión histórica del género, que nos resulta refrescante y decididamente positiva, especialmente en lo que se refiere al teatro de la Colonia, escasamente sistematizado hasta ahora. Investigador acucioso y responsable, un poco excesivo en el detalle, nos revela un cúmulo de documentos y antecedentes valiosos, los que serán más tarde indispensables para reconstruir la historia definitiva del teatro chileno. Entre sus virtudes más señeras, destaca su especialísimo sentido del humor, el que no pierde oportunidad para hacer brotar la chispa de la simpatía, con la que zahiere, en especial, el papel de la Iglesia durante los primeros pasos del teatro nacional. La última parte de su trabajo, destinada al nacimiento y desarrollo de los conjuntos universitarios, se resiente de esquematismo y cronología bibliográfica, sin que sobresalga el movimiento de las ideas ni el fundamento social que los generó. En todo caso, es uno de los estudios más útiles y visibles que se publicaron en el curso del año.

Vida y obra de Pablo de Rokha, de Fernando Lamberg, es un ensayo benéfico para el primer peldaño en el conocimiento de De Rokha. Adolece de un simplismo escolar a toda prueba, sin que sea posible descubrir en él algún aporte definitivo, el más mínimo planteamiento acerca de la complejidad problemática del autor de *Genio del Pueblo*. Desde luego, sólo se refiere de paso y sin ninguna profundidad a la teoría del doble conocimiento, aun cuando ella viene siendo sustentada por De Rokha desde *Heroísmo sin alegría*

(1927). Tampoco hace la necesaria diferenciación entre el concepto de lo apolíneo y lo dionisiaco en el arte, lo que nos parece básico para la captación definitiva de su estilo. No trata la contradicción dialéctica de lo lírico y lo épico, ni mucho menos su unidad en el poema de masas. Por el contrario, tiene de la poesía épica un concepto estático y arcaico, y no cree que las formas de la epopeya evolucionen a la par con la lucha de los pueblos, el sentido de la historia y la conquista del estilo. Soslaya, por último, los problemas relativos a la teoría dinámica del barroco como defensa del arte impuro, de contradicción en cadena, forma máxima de intentar el reflejo estético de la realidad en los países subdesarrollados y dependientes. En suma, el autor sólo plantea una información primaria para lectores desaprensivos y de condición periférica.

De menor trascendencia en el ensayo literario son *El naturalismo en la novela chilena*, de Vicente Urbistondo, con planteamientos discutibles y de escasa novedad, y *Técnica poética*, de Renato Mora, con posiciones añejas y que no tienen relación alguna con la rica complejidad y la audacia experimental de la poesía chilena.

Cuatro ensayos destacan en la especialidad científica: *Sexo y sufrimiento*, del Dr. Osvaldo Quijada; *Una flecha en el aire y otros ensayos*, de Arturo Aldunate Phillips; *Sinopsis de la flora chilena y Flores silvestres de Chile*, ambos del muy valioso naturalista Carlos Muñoz Pizarro. Los dos últimos y muy especialmente *Flores silvestres de Chile*, editado en Alemania por convenio con la Universidad de Chile, representa, además de una investigación acuciosa, dignamente especializada, propia de un sabio en la materia, una sobresaliente calidad gráfica que puede ser estimada como una joya de las artes plásticas aplicadas, ya que no es frecuente, en Chile, la hermosa textura de las láminas a todo color que ilustran el encanto de sus páginas.

Sexo y sufrimiento, impreso en Argentina con el sello de la Editorial Orbe, es una interpretación vivaz, moderna, estrictamente científica, de los problemas anímicos derivados de la conducta sexual, vistos a la luz de los audaces aportes de la sicología y la sociología actuales. El Dr. Quijada, especialista de rango severo, enfoca su estudio en ocho capítulos esenciales: "Propósitos y generalidades", "Extensión y gravedad del problema sexual humano", "Diferenciación sexual", "Lo ético y lo moral del sexo", "Conformación de la sexualidad en el ser humano", "Introducción a los capítulos sobre masculinidad y sufrimiento y sobre intersexualidad humana normal", "Masculinidad y sufrimiento" e "Intersexualidad humana normal".

Sus ideas sobre la materia reflejan una cultura superior y un grado de desprejuicio, propio de su mentalidad científica, que justifican ampliamente el inusitado interés que su obra ha despertado en el público. A este voluminoso ensayo seguirá un segundo tomo, actualmente en preparación.

Una flecha en el aire y otros ensayos, de Arturo Aldunate Phillips, es un nuevo aporte del autor al mundo de la cibernética y las máquinas inteligentes, que él caracteriza como el rumbo trascendente de la humanidad futura. El ensayo de Aldunate está organizado en seis capítulos esenciales: "Una flecha en el aire", "Antiuniverso y anti-materia", "Máquinas inteligentes", "Nuevos inmortales", "Albert Einstein, el hombre y el filósofo" y "Una mirada a Chile". A través de todos ellos, trata de ofrecer una visión integrada y multifacética del nuevo humanismo contemporáneo, aquel en que la ciencia aparece complementada con la filosofía, el arte con la religión y la técnica con la sociología. Detrás de este múltiple enfoque, persiste en el autor un principio de armonía, muy cercano a la fe religiosa, que vendría a representar un nuevo valor espiritual para el destino de la humanidad.

El ensayo sociológico estuvo representado por otros cuatro títulos: *La juventud de un mundo en crisis*, del profesor Arturo Piga; *La explosión demográfica*, del Dr. Benjamín Viel; *La tragedia sexual de la Quintrala*, de Olga Arratia, que obtuviera el Premio "Alerce" de Ensayo en 1965, y *Población, alimentos y reforma agraria*, de don Florencio Durán. Las dos primeras obras, de problemática apasionante y exhaustivo examen, destacan a valores serios y definitivos en sus respectivas especialidades. El libro del Dr. Viel contiene gráficos, estadísticas e índices de desarrollo francamente alarmantes acerca del crecimiento demográfico, para terminar con un plan de soluciones efectivas del control de la natalidad y los métodos científicos anticonceptivos. El profesor Arturo Piga, por su parte, analiza en profundidad los diversos aspectos de la crisis actual de la juventud, de los que obtiene soluciones concluyentes en el campo de la educación, la política y la construcción de una nueva mentalidad, más consecuente con las necesidades y los estímulos de la hora presente.

Dos ensayos humanísticos destacaron durante el año: *Andrés Bello*, el excelente homenaje que rindiera a su primer rector la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, y que ostenta firmas tan inobjectables como la de don Eugenio González Rojas, don Julio Heise, don Roberto Munizaga, don Guillermo

Feliú Cruz, don Rodolfo Oroz, don Ricardo Donoso, Gastón Carrillo, Graciela Mandujano y Julio César Jobet, y *Hombres y Pueblos*, del diputado César Godoy Urrutia, combativo en sus ideas, profundo en su concepción histórica y en su significado social.

El ensayo histórico, que continúa teniendo adeptos en un país que se dijo de historiadores, contó con cuatro títulos de importancia: *El príncipe rojo*, Patricio Lynch, de Manuel Balbontín; *Las mujeres de la Independencia*, de Vicente Grez; *Manuel Rodríguez, caudillo popular*, de Antonio Ondarza, y *¡Que vienen los montoneros!*, de Edmundo Vega Miquel, todos ellos con ingredientes novelescos que facilitan su lectura y encuentran cauce adecuado a la popularización de distintos pasajes de nuestra historia. Los dos primeros, sobre todo, poseen elementos de amenidad y atracción destinados a un seguro éxito en el lector común, que es el que ha demostrado mayor interés en este tipo de obras.

El mejor ensayo político del año es *Cuba 66*, de Luis Enrique Délano, análisis objetivo y multilateral de los progresos alcanzados por Cuba bajo el régimen revolucionario de Fidel Castro, destacándose los relativos a la educación y la cultura. Lo siguen *El cesarismo en América Latina*, de Ariel Peralta, obra que obtuviera el Premio "Gabriela Mistral" en su género en 1965; *Chile bajo la Democracia Cristiana*, de Arturo Olavarria Bravo, que no alcanzó la trascendencia de su obra anterior, y *Después de Frei, ¿quién?*, de Gregorio Goldeberg, que se refiere a la situación política que vive hoy el país.

Dos ensayos sobre artes plásticas enriquecieron la bibliografía del género en este período: el fresco, atrayente y evocador trabajo de Waldo Vila, *Capitanía de pintores*, y la monografía de homenaje, bellamente ilustrada, dedicada a la trayectoria retrospectiva de Pablo Burchard. El primero está lejos de pretender el carácter de nueva historia de la pintura chilena, sino que es, más bien, un valioso anecdotario de los pintores chilenos que van desde Juan Francisco González hasta Gregorio de la Fuente, especialmente acentuado en torno a la ya famosa generación del año 13. No obstante, a través de la vida y tribulaciones de esta ilustre familia de bohemios, se traslucen muchos de los postulados estéticos, las discusiones teóricas y los principios que caracterizaron su presencia en las bellas artes chilenas, con lo que, al final, estamos ante una obra de doble fondo, de contornos humanísticos y conmovedores, y de un valioso contenido en el tratamiento de los problemas estéticos.

La economía y el ensayo biográfico contaron, también, con

sendos representantes que le dieron categoría y severidad. El primero, mediante la obra *Tres ensayos sobre economía minera hispanoamericana*, de don Alvaro Jara, y el segundo a través de Alberto Arraño, con su libro *De niño campesino a Cardenal*, una vibrante biografía de Monseñor José María Caro.

Por último, habría que citar dos obras de difícil ubicación, pero de importancia indudable: *La masonería, su influencia en Chile*, de Fernando Pinto Lagarrigue, un libro de cultura general que habrá de tener influencia en los medios políticos y administrativos, y *Vengo de la próxima guerra*, de Tito Mundt, en el que se vaticinan los peligros de una próxima conflagración mundial al calor de los viajes, experiencias y contactos personales con muchos de los personajes claves de la política universal. El estilo nervioso, suspicaz, cinematográfico de Tito Mundt, comunica a esta obra el ritmo vertiginoso de un reportaje múltiple al problema político y social de nuestros días.

EL TEATRO

Los recuentos acerca del desarrollo del teatro son escasos y más inaccesibles todavía las fuentes de información bibliográfica sobre el género. Una atmósfera de misterio envuelve las revistas y publicaciones especializadas acerca de nuestro desarrollo teatral, las que se mantienen en un círculo de iniciados y no alcanzan a llegar, siquiera, a los escritores y comentaristas. Culpable en gran medida de esta carencia de información es el Instituto del Teatro de la Universidad de Chile, el que a esta altura de su desarrollo debería mantener un boletín o revista informativa de carácter permanente. El hecho de que no la tenga y por cinco años consecutivos venga declarando desierto el premio de estímulo instaurado como una defensa del teatro chileno, hablan muy claro del grado de burocratismo y escaso interés alcanzado por el Instituto del Teatro en la obra de los escritores jóvenes, los que han debido refugiarse en diversas organizaciones particulares y conjuntos de aficionados para poder ver estrenadas sus obras.

Esta falta de una información adecuada nos obliga a referirnos, exclusivamente a lo que hemos leído o visto representado durante el año en el género teatral. Descartando el valioso aporte de *El teatro en Chile*, de Mario Cánepa Guzmán, obra a la que ya nos hemos referido, la publicación más destacada fue *Teatro chileno actual*, antología preparada por la Editorial Zig-Zag y que contiene, además de una selección de obras o fragmentos de ellas, una decla-

ración de principios, de los autores antologados, acerca de su concepción del teatro y sus respectivas formulaciones críticas o auto-críticas. El método nos permite acercarnos, con mediana exactitud, a lo que podría constituir un panorama teórico y experimental de las experiencias teatrales de la nueva generación.

Además de esta declaración de principios, la obra contiene las siguientes piezas de teatro breve o fragmentos de obras mayores: *Hay una nube en su futuro*, de José Ricardo Morales; *Carolina*, de Isidora Aguirre; *Persona y perro*, de Fernando Debesa; *Una mariposa blanca*, de Gabriela Roepke; *El sótano*, de Enrique Molleto; *Las exiladas*, de Sergio Vodanovic; *Mansión de lechuzas*, de Egon Wolff; *Sigue la estrella*, de Luis Alberto Heiremans; *Mi hermano Cristián*, de Alejandro Sieveking, y *El génesis fue mañana*, de Jorge Díaz, uno de los autores jóvenes que comienza a triunfar limpiamente en el extranjero. Mirada en su visión de conjunto, la obra es de gran utilidad y representa un panorama más o menos completo de la nueva promoción, que será imprescindible para la historia futura.

Las versiones teatrales de dos novelas de éxito indiscutible dentro del panorama narrativo de la nueva generación, por un lado, y por el otro los hechos sintomáticos que hemos venido denunciando, plantean ciertas interrogantes que es necesario formular. ¿Hay crisis de producción en el teatro chileno actual? ¿Están cumpliendo los teatros universitarios su papel de estímulo al desarrollo escénico de las nuevas promociones? ¿Se han cumplido los planes iniciales de difusión teatral en las bases populares de la población? ¿Se teme el riesgo innovador? ¿O se busca, como ocurre con las editoriales, una fácil comercialización del producto, al margen de su calidad estética y de su función social?

Las preguntas quedan lanzadas a quienes corresponda contestarlas. Por nuestra parte, no hacemos sino señalar factores que pudieran conducir a una polémica, discusión tanto más útil cuanto que hay autores noveles que encuentran eco en el extranjero y que jamás pudieron ser estrenados en Chile. Al margen de estos misterios, es evidente que las adaptaciones teatrales de novelas nacionales abren nuevos caminos y posibilidades a los narradores, cuyos contactos con el público distan mucho de ser expeditos. Pero, a su vez, crean el peligro de la distorsión o el doblaje inadecuado de sus obras, ya que el teatro tiene leyes propias que no siempre coinciden con la conducción de una novela.

A la luz de estas observaciones generales, vayamos ahora al comentario comparado, de las novelas y sus adaptaciones teatrales. Con

la versión hecha para el Instituto del Teatro, por José Pineda, de la novela *Coronación*, de José Donoso, sucede algo muy especial: Donoso ya no es Donoso, cuando más es un Donoso-Pineda o un Pineda-Donoso. Es decir, la adaptación es demasiado libre, lo que trae ventajas y desventajas con relación a la novela. Las ventajas están representadas por el excelente ojo teatral de Pineda para sacar partido de las escenas dramáticas, truculentas o grotescas, lo que a su turno convierte a la novela en una sucesión de cuadros, algunos extraordinariamente felices, otros de simple relleno, flojos o convencionales. Desde el otro ángulo, las desventajas son considerables. Ante todo, es visible la pérdida del sentido de unidad, que la novela no alcanza a reflejar en el escenario; los matices de observación en el antagonismo de clases se ven disminuidos y, en ocasiones, hasta caricaturizados. El trasfondo sociológico del novelista se ve reducido por el esquematismo de la acción; el lenguaje teatral se agiliza en su intención, pero pierde en calidad estética. Este breve paralelo nos lleva a una conclusión paradójica: *Coronación* gana en el teatro todo lo que pierde en la novela, lo que nos induce a afirmar que ahora hay dos coronaciones, apreciablemente distintas.

El montaje, realizado a gran cartel y sin escatimar esfuerzos, logra con creces su objetivo, especialmente en los interiores en que destaca Misiá Elisa, la demente erótica y senil. La encarnación que de ella hace Bélgica Castro es sencillamente soberbia, más allá de toda ponderación. Otro tanto podría decirse de las viejas sirvientas Anita del Valle y Matilde Broders, que alcanzan el máximo de tensión en la escena de la coronación de la anciana, intensidad pocas veces lograda en la historia del teatro chileno. Los puntos débiles los constituyen Rubén Sotoconil, poco flexible y convincente, en un personaje de compleja sicología, de creación más que difícil, y Estela, cuya evolución paulatina de campesina ingenua a empleada de casa rica, está mal graduada, sin la debida experiencia teatral. El resto del reparto es discreto, sobresaliendo Carlos, el médico, representado por Tennyson Ferrada.

Mucho más modesta, tanto en ambiciones como en recursos escénicos, es la versión de *Los últimos días*, de Fernando Rivas, llevada al teatro por Fernando Cuadra. Tal como ocurre con *Coronación*, se pierden aquí una infinidad de matices, observaciones, sarcasmos, sugerencias y críticas ambientales, que no alcanzan a llegar al escenario. En su reemplazo, Américo Vargas realiza una notable creación de su personaje *El Jaiba Gruchaga*, con la que logra crear una atmósfera de simpatía que conquista con rapidez al público. En

esta labor es secundado con inteligencia por "Arturito", representado por un actor muy joven, Jorge Maguer, dueño ya de un envidiable desenfado escénico.

El conflicto dramático y la crítica social de las viejas familias venidas a menos, hecha con ácida agudeza, con amplio dominio del sarcasmo, llega al público con nitidez y por vía directa, sin subterfugios ni retruécanos. Este reacciona favorablemente, tomando partido por la juventud, el desprejuicio, el contenido que representa la corriente innovadora en la crítica social. La condena unánime a aquellos que viven "los últimos días" resulta, pues, la consecuencia lógica de una obra construida con viva espontaneidad.

Ambas piezas, de corte muy distinto, se mantuvieron en la cartelera durante varios meses, constituyendo francos éxitos de taquilla. Ambas, también, tienen una característica común que parece entusiasmar al público: el lenguaje crudo, directo, obsceno, con alusiones intencionadas que van más allá de lo que era usual en el tablado. La audacia en el decir y hasta la grosera vulgaridad, se están convirtiendo en otro de los signos de nuestra época, ya bastante recargada de lujuria.

Otras obras chilenas de interés, estrenadas durante el año, fueron *Perdón, estamos en guerra*, de Sergio Vodanovic, y *El cepillo de dientes*, de Jorge Díaz. Vodanovic, buscador incansable de nuevas técnicas y modalidades escénicas, no alcanzó con esta obra el éxito obtenido en su etapa de realismo directo, muy bien representada con sus piezas *El senador no es honorable* y *Deja que los perros ladren*. Se nota en él cierto cansancio, un esmero algo forzado por situarse en el grupo de los innovadores. Su indiscutible talento teatral lo llevará, sin duda, a encontrar el justo enfoque de sus conflictos escénicos, tocados siempre por la intención moralizadora y la agudeza en la crítica social.

Jorge Díaz, autor de *Un hombre llamado Isla*, *Réquiem para un girasol*, *El velero en la botella*, *El lugar donde mueren los mamíferos*, *Variaciones para muertos de percusión* y *El nudo ciego*, obras todas que lo destacan como el valor más visible entre los jóvenes, alcanzó un éxito inobjetable con *El cepillo de dientes*, reestreno del conjunto del Teatro La Comedia. Utilizando una técnica por demás novedosa, con ingredientes de guiñol y melodrama, logra hacer trascendente los conflictos de la incomunicación y la apatía en la pareja conyugal moderna. Su extraordinario acervo de recursos, la sátira a la propaganda y los medios de comercialización que han invadido los hogares de nuestro tiempo, la movilidad vertiginosa de su obra,

llegan al público como una permanente sorpresa y encuentran un eco de simpatía y comprensión humanas. *El cepillo de dientes*, desde el punto de vista de los géneros teatrales, es una curiosa mezcla de drama y comedia, lo que le da un tono de modernidad innovadora de indiscutible categoría.

No podemos cerrar este recuento del teatro sin referirnos, aunque sea de paso, a otro estreno discutido que no fue captado íntegramente por la crítica, la que no estuvo a la altura de la intención ni el lenguaje teatral del autor. Nos referimos a *Me muero de amor por tus palancas*, de Miguel Littin, pieza estrenada por el conjunto de aficionados del Teatro El Callejón. Se trata de una novedosa aplicación al teatro de la técnica plástica del collage, la que utiliza los más diversos recursos y materiales escénicos en una sátira sorpresiva, que si no fue del todo lograda, constituyó una experiencia importante en la capacidad innovadora de los autores noveles. El amor y la preocupación constantes que Littin siente por el teatro, son dignas de fijar en él la atención por sus trabajos futuros.

ANTOLOGIAS Y MEMORIAS

Según nuestra contabilidad, se publicaron en el año doce antologías y siete volúmenes de memorias, las que abarcan otras tantas experiencias e inquietudes muy diversas. Las antologías más destacadas son: *Poesía Chilena 1960-1965*, de Carlos Cortínez y Omar Lara; *Antología de Juvencio Valle*, en selección, prólogo y notas de Alfonso Calderón; *Poemas de Pablo de Rokha*, compilados por Luis Sánchez Latorre; *Antología del árbol*, en selección de Alone; *Antología del Cuento Nortino* y *Antología de la Poesía Nortina*, ambos trabajos debidos al desvelo de Mario Bahamondes; *Antología de José de Irisarri*, de Armando Donoso; *Hombre de cuatro rumbos*, antología del Norte Grande, selección de poemas de Andrés Sabella; *Los más sensacionales crímenes de Chile*, investigados por Claudio Espinoza Molina; *Humor a toda hora*, antología de aforismos de Eliana Simon; *Las Rubayatas* de Omar Khayam, en versión de Carmen Abalos y Mauricio Amster, y *Hojas al viento*, una valiosa compilación de poesía experimental, hecha por el profesor Manuel Gutiérrez Mieres, y nacida de sus trabajos profesionales en la Escuela Pública Nº 74, de Concepción.

A nuestro juicio, la mejor de estas antologías es *Poesía Chilena 1960-1965*, surgida de un Encuentro Nacional de Poetas realizado tiempo atrás en Valdivia y que ha sido preparada por el Grupo

"Trilce" de la ciudad sureña. La compilación, además de su valor antológico, contiene excelentes ensayos acerca de la obra poética de los nuevos exponentes de la lírica nacional, factores ambos que contribuyen a ofrecer una síntesis muy seria y completa de la nueva generación, la que difícilmente encuentra cabida en el libro individual. La antología incluye poemas de Miguel Arteche, con estudio preliminar de Hugo Montes; de Efraín Barquero, con ensayo de Jaime Concha; de Enrique Lihn, con exhaustivo estudio de Luis Bocaz; de David Rosenmann Taub, con presentación de Armando Uribe; de Alberto Rubio, con estudio de Alfonso Calderón; de Jorge Teillier, con ensayo de Jaime Giordano, y de Armando Uribe Arce, con prólogo de Floridor Pérez. La complementa un breve muestrario de los poetas de la última ola, en el que figuran Joaquín Alliende, Raúl Bruna, Santiago del Campo, Carlos Cortínez, Tito Jara, Fernando Gándara, Oscar Hahn, Ronald Kay, Omar Lara, Hernán Lavín Cerda, Floridor Pérez, Jaime Quezada, Ramón Riquelme, Waldo Rojas, Federico Schopf, Manuel Silva Acevedo, Enrique Valdés y Luis Zaror.

Los *Poemas*, de Pablo de Rokha, es una antología de sus versos rimados o asonantados, cultivados esporádicamente por el autor en un lapso de cuarenta años. Siempre combatió De Rokha las formas arcaicas, las que no se ajustan a los anchos y definitivos contenidos innovadores, revolucionarios, que él dice representar y que sin duda representa en un altísimo porcentaje. Y por lo tanto, combatió sus propias formas caducas, convencionales, que no obstante cultivó y que ahora parecen quedar autorizadas oficialmente a través de esta antología de Luis Sánchez Latorre. Sin duda, éste es un contrasentido que no alcanzan a explicar sus *Prolegómenos y Autocrítica*, declaración estética que precede a la selección. Allí expresa: "Si todas las cosas son la verdad furiosa de la verdad furiosa, ¿cómo es posible que publique, después de haber escrito, yo mismo, henchido de cariño, el poema rimado o asonantado, que yo mismo destruyo con mi estilo, que yo mismo supero con mi estilo, que yo mismo combato con mi estilo? El hombre muy hombre es un sistema de contradicciones que ascienden a la unidad de la personalidad contradictoria y única, y adentro de aquella gran pelea abismal de las nuevas formas contra las viejas formas, y de las viejas formas contra las nuevas formas, las viejas formas se agarran a la máquina feroz de lo mágico estupefacto, clavada en el esqueleto nacional, y el esqueleto nacional canta y brama, enajenado, cuando un poeta araña la entraña parasitaria de aquellos terribles recuerdos que son hechos

concretos, desintegrándose, cuando un poeta afronta la fuerza inmensa de las antiguas formas queridas, que combaten furiosamente, que se resisten a podrirse, de las antiguas formas queridas, que dan la gran batalla del agonizante, y a las que él no deseó asesinarlas impunemente, sino con el respeto al enemigo derrotado, poderoso e inmortal, de las antiguas formas queridas, que, sin embargo, se destruyen".

Al margen de toda esta discusión, bastante confusa e inútil, la selección contiene algunas piezas indiscutibles en su calidad, pertenezcan a la forma que pertenezcan, como es el caso del prólogo al "Folletín del Diablo", "Círculo" y "Los arrieros cordilleranos", además de dos poemitas minúsculos muy bien logrados en su diafanidad: "Marina" y "Buenos versos". Con todo, creemos que, para el gran público y aun para "las amplias masas del pueblo" que no lo conocen, la publicación de estos poemas entraña un peligro, ya que muchos creerán que en ellos reside la condición innovadora y dionisiaca de Pablo de Rokha, su actitud de combatiente revolucionario en el terreno del arte y de la teoría poética.

Esta contradicción se hará todavía más evidente para quien tenga la ocasión de conocer *Mundo a mundo*, obra de publicación casi simultánea con la anterior. Para salvar este posible malentendido es necesaria ahora, más que nunca, una buena antología o selección de las obras completas de Pablo de Rokha, única forma de presentar al público la síntesis de un trabajo creador de cincuenta años y que tiene múltiples facetas en su ya larga trayectoria. Mientras esto no ocurra, estos *Poemas* seleccionado por Sánchez Latorre no pasarán de ser una mera información para escolares, un primer peldaño en el conocimiento de uno de los talentos poéticos más ricos y complejos que haya producido el continente.

Un valioso aporte al conocimiento y la difusión de la literatura nortina son las dos compilaciones de Mario Bahamondes, las que ofrecen una visión de conjunto, bastante acertada, de la producción literaria de la zona en los géneros del cuento y la poesía. Esta última especialidad, vino a ser complementada en el filo del año con la publicación de *Hombre de cuatro rumbos*, la antología poética de Andrés Sabella que contiene el sentimiento, largamente aprehendido, de su querido y singular Norte Grande.

De las antologías restantes, descartando la de Juvencio Valle, a la que ya nos hemos referido, habría que destacar la *Antología del árbol*, de Alone, especialmente acuciosa y metódica en lo que se refiere a textos de la Colonia y piezas poco conocidas; la dignísima

versión de *Las Rubayatas*, de Omar Khayam, el famoso poeta, matemático y astrónomo persa del siglo xi, cuyos poemas, frescos de gracia y encanto profundo, constituyen una viva exaltación de la naturaleza y las relaciones humanas, en su estado más puro y directo, y *Humor a toda hora*, la aguda compilación de artículos y aforismos de Eliana Simon, saturada de una gracia innata y un sentido de observación poco habituales en nuestra literatura femenina.

No obstante los valores reseñados, la antología de mayor éxito en el público vino a ser *Los más sensacionales crímenes en Chile*, obra de escasa calidad literaria, pero que contiene ese germen de atracción derivada de la deformación morbosa que es consubstancial al ser humano. Sin embargo, el volumen está hecho con cierta dignidad dentro de su género, lo que le comunica una atracción oculta que encontró acogida en los lectores.

Las compilaciones de memorias giraron en torno casi exclusivo de Joaquín Edwards Bello, el que vino a reemplazar la presencia de un gran novelista de trascendencia internacional. Cuatro fueron los títulos de Edwards Bello, en excelentes selecciones de Alfonso Calderón, publicados durante el año: *Nuevas crónicas*, *Recuerdos de un cuarto de siglo*, *Hotel Oddó* y *El subterráneo de los jesuitas*. El tiempo no ha pasado por este mundo de impresiones, evocaciones, andanzas y agudezas del gran cronista nacional, el que se mantiene tan fresco, lúcido y audaz como en los tiempos en que fueron publicados, por primera vez, la mayoría de estos artículos. El vasto aporte de Edwards Bello conformó lo más auténtico, duradero y permanente de la literatura narrativa del presente año. Creemos que para él habría que establecer un premio, también extraordinario, en el ocaso de su vida, ya que obtuvo el Nacional de Literatura hace la friolera de 23 años y posteriormente el Premio Nacional de Periodismo, galardones que no pudieron acallar su ímpetu combativo ni su excepcional lucidez mental.

Otro buen libro de memorias fue *María de los Angeles*, de Edgardo Garrido Merino, destinado a evocar las "semblanzas de la compañera inolvidable", su esposa, presente en cada una de las páginas de este volumen tierno y conmovedor. En su imaginaria compañía, el autor de *El hombre en la montaña* vuelve a recorrer las calles y provincias españolas, visita los museos y tertulias intelectuales, dialoga con los grandes escritores españoles de esa época, muchos de ellos desaparecidos, y evoca las impresiones comunes que les dejó una larga vida de peregrinaje errante, sin otro norte que la búsqueda de la belleza, ni otro encanto que su maravillosa compañía. Hombre de humor

inteligente, alegre por naturaleza, charlador empedernido, Garrido Merino se deja vencer, en esta obra, por la pérdida irreparable que le deja un concho de suave melancolía. El libro, escrito con una propiedad idiomática excepcional, coloca a su autor en la primera plana de los grandes estilistas nacionales.

Completan este panorama de las memorias, dos obras destinadas a evocar ambientes y experiencias profesionales: *Memorias de un hombre de teatro*, de don Nathanael Yáñez Silva, escritas en el umbral de la vida y que no tuvieron el éxito que de ellas se esperaba, y *Memorias de un reportero*, de Tito Mundt, ingeniosa, audaz, repentina, encantadoramente variada en la amplia gama de sus múltiples y agitadas correrías. Ambas servirán, oportunamente, para reconstruir las sendas historias o trayectorias esenciales del teatro y el periodismo nacionales.

DIARIO DE REVISTAS

A las revistas ya clásicas con que cuenta la intelectualidad chilena: *Atenea*, de la Universidad de Concepción, *Anales* de la Universidad de Chile, *Mapocho*, de la Dirección General de Bibliotecas y Museos, y el *Boletín Universitario*, habría que agregar, este año, varios intentos serios de complementación cultural y otras tantas iniciativas desafortunadamente fallidas.

Desde luego, un órgano de publicidad que se destacó, en el campo literario y cultural, por sus posiciones polémicas, de permanente controversia, fue el semanario *Pec*, el que vino a complementar la crítica permanente de la Revista *Ercilla* y de la Revista *Plan*, órgano mensual dirigido por el escritor Guillermo Atías, que cumplió un digno papel en la difusión de la literatura y sus problemas específicos.

La Revista de Arte y Literatura *Portal*, publicó dos números de interés durante el año, y se proyectó con perfiles definidos sobre un público entusiasta que la acogió con simpatía. Otro tanto sucedió con *Orfeo*, revista de poesía y teoría poética, única en su género, que fue destacada por los especialistas a nivel internacional, contribuyendo, con seriedad idónea, a acentuar la escasa comunicación que existe en el actual desarrollo de la poesía lírica universal. Una labor de excepción cumplió la Revista *Trilce*, publicada por el Grupo homónimo de Valdivia con el patrocinio de la Universidad Austral, en la que pudimos acusar un rápido proceso de crecimiento que la convirtió en un órgano de expresión indispensable para la nueva generación,

Tampoco faltaron las iniciativas que dieron origen a nuevos órganos de publicidad. Entre estos nacimientos felices, cabe destacar el del *Boletín de la Universidad Técnica del Estado*, cuyo número de fin de año trae dos ensayos sobresalientes: "¿Evolución o revolución en el arte teatral?", del profesor de arte dramático Emilio Dufour, y un fragmento del lúcido ensayo de Mario Osses, "Apunte al Júpiter de la generación del cincuenta", dedicado al análisis de la novelística de Enrique Lafourcade. El *Boletín de la Academia Chilena de la Lengua*, por su parte, publicó un documento sensacional: el discurso de incorporación del académico Ricardo Latcham, curiosísima pieza oratoria en que resaltan las mejores virtudes del ilustre maestro, crítico y ensayista desaparecido. Este mismo discurso, había sido editado, anteriormente, por el *Boletín del Instituto de Literatura Chilena*, el que continuó su trayectoria normal sin mayores accidentes, un poquito recargado en su posición catedrática universitaria.

La Revista *Stylo*, de la Universidad de La Frontera, editada en Temuco, llegó a su tercer número sin mayores contratiempos, ampliando en cada oportunidad su difusión y ganando adeptos en los sectores católicos. Luis Rivano, a su vez, con un esfuerzo personal digno de aplauso, publicó dos números de su revista *Quilofrán*, nacida bajo el alero evocador de Nicomedes Guzmán. El nombre de la revista corresponde, precisamente, a Guillermo Quilofrán, el protagonista de *La sangre y la esperanza*.

María Flora Yáñez, por su parte, inició a fines de año la publicación de su revista *La honda*, la que, creemos, habrá de consolidarse en el futuro. Otro tanto hizo un grupo capitaneado por María Urzúa y Carlos René Correa, a través de la revista *Litoral*, todavía muy incipiente y primaria, cuyo primer número vio la luz en los últimos días del año.

Párrafo aparte merecen en este capítulo los dos números de la revista *Espacio y Tiempo*, que dirige Antonio Montero, publicación especializada en ciencia-ficción. El nuevo órgano de publicidad, nacido de un Taller Literario especializado en ciencia-ficción, cuenta con un excelente equipo de traductores, los que están al día en las obras que, sobre esta materia, se publica en Europa y Estados Unidos. La revista, manuable en su presentación, esmerada en su material literario, constituye un aporte de gran interés a un género que, en Chile, tenía escasos cultores y que ahora se comienza a popularizar por las exigencias del público.

Mucho nos queda todavía por hacer en el plano de las revistas literarias y su difusión internacional, pero lo que ya hemos logrado

nos permite mirar el porvenir con optimismo orgulloso. No pertenecemos a la corriente derrotista que cree que, en nuestro país, estamos en el primer día de la creación o que mira la novela en forma despectiva. No. Estamos creciendo con rapidez y éste, sin haber sido un año sobresaliente en el plano de las publicaciones literarias, ha sido un año digno y de gran actividad intelectual.